

BIBLIOTECA NACIONAL
R 64 - S. N. B.
- 01 - 1 - 6 - 3 -
Quito-Ecuador

DISCURSO

DEL DR. REMIGIO CRESPO TORAL, MANTENEDOR DE LOS
RECORDS FISCALES, EL 11 DE OCTUBRE DE 1930, EN EL
TEATRO OLMEDO DE GUAYAQUIL



Al saludar al sol de nuestra emancipación, en este día de recogimiento de la conciencia nacional, ante la extensión de una centuria, al repasar los hechos y recordar a los hombres de cien años atrás, la vista cansada ya por la visión de tantas cosas mezquinas y pequeñas, detiénese en el relieve de las cumbres; y la primera que se destaca en el campo de nuestra historia, nó un estadista, un creador, o un conductor de generaciones o caudillo de espada: ¡es un poeta! Su nombre salta en este momento en todos los labios con estruendos de emoción: ¡Olmedo!

Después de los libertadores—Bolívar, genio de la guerra y la elocuencia, cerebro y brazo, balanza para medida de la ley y brújula en las travosas de la política; después de San Martín, paciente generador de naciones venturosas; después del joven Sucre,—¿quien representa el decoro del movimiento separatista en esta privilegiada región del Guayas?... ¿Su nombre? ¡Olmedo! Nombre sin precedente apreciable en los linajes de Castilla, así como los de Bolívar y de Sucre, para quedar único en los patrios anales. El genio casi siempre carece de descendencia, astro sin satélites sublimado en la soledad de su luz, para presidir las noches de los pueblos y extender su resplandor en los siglos de la historia.

Fruto tardío de la colonia—larga escuela de aprender trabajosamente la libertad en una lenta y casi mortal evolución—surgió como astro de la mañana en el cielo de la independencia y el primero de sus luminares intelectuales. ¡Y fué un poeta! Improvisación de una tierra virgen que no conocía aún el prodigio del canto. Como en los bellos días de la Hélade armoniosa, nació la libertad a la seducción de la lira. ¡Salud, pueblo feliz, nacido al són de los

himnos épicos, como aquellos de la ciudad épera, más adorada cuanto más lejana se esfuma!

En los cien años que quedan atrás, no obstante haberse levantado aquí otros varones eminentes, Olmedo es aún cima que preside la grandeza nacional. En espacio mayor de extenso horizonte y ecos que repitan y prolonguen la fama pregonera, *el hadruá cabrado estatura más alta; la magnitud del país hace también la magnitud del hombre.* Y este noble espíritu fué también y, ante todo, un hermoso corazón, que se colmó todo entero con el amor de la Patria, no siquiera de la Patria grande y gloriosa — la malograda Colombia — sino de la Patria pequeña, donde gustó el genio ocultarse bajo el rosal, para libar la miel de su jardín, a la margen del maravilloso río, combriendo de *naranjos y opacas tamarindos.* En España mismo, en una de cuyas asambleas leyó la palabra de América, inspirándose en la piedad hacia los oprimidos de la raza, pudo seguir adelante en el camino del renombre y competir gallardamente y superar tal vez a los líricos de la metrópoli, inspirando en *el viejo árbol de la literatura castellana la savia y el vigor del álamo nuevo de América.* Pudo allí hacer el primer impulso de renovación, dando a sus creaciones un tiento universal. Pudo en tierra inglesa, empaparse en su dulce literatura proflicta, para traer a los letrados españoles la concepción, *el ritmo sutil y los vientos triunfales de la mayor entre las literaturas del Norte.* Mas la fama resultaba negocio infano cuando se trataba de nuestra libertad. Llegó el momento de la transformación y el de renunciar a todo en pro de la vida. Arrancada la diadema de España por mano del *Capitán del siglo,* quedamos libres, en nombre de Dios y por la naturaleza. Debíó desde entonces en estas Indias remotas, hacerse otra España, un imperio español, una *confederación de países libres, para recibir aquí lo que de España debe perolucar, dentro de una unidad grandiosa de religión, de lengua, de forma gubernamental.* Debíamos desde entonces sentar la base democrática, para devolver la democracia a España, la democracia a que nos convidan la inmensidad del Continente y la amplitud del desierto, de los mares y de las cumbres.

Al principio, el patriotismo criollo sostuvo la legitimidad monárquica contra el usurpador francés. Era la táctica de campaña, el patriotismo para afuera: adentro, iba derechamente hacia la independencia. España no podía ya mantener en sus vastas Indias ni la seguridad ni el dominio, ni la cultura; a no libertarse América entonces, habría pasado a la *miserable condición de colonia, quizás de la invencible Inglaterra.* Cuando España luchaba por su independen-

cia en Europa, España había muerto para América. Sus reyes y ministros de la decadencia no podían regir territorios más extensos que toda Europa, en donde el valor castellano había sembrado la altivez, que no se compadecía con un poder que no sea delegación de nuestro propio derecho.

Se había guerreado ya cosa de diez años, los mártires de Quito habían entregado su sangre, para que de su venganza surgiese la Patria; la lucha a muerte había enloquecido a comarcas enteras, formando una pesada atmósfera de heroicos rencores. Y Guayaquil se mantenía aún por España y por el rey. Solicitada por influencias de los virreinos limitrofes, prevaleciendo las del norte, donde Bolívar, como un aluvión de gloria multiplicábase improvisando triunfos y creando naciones, no podía sacudir el yugo español: astillero, plaza fortificada, comandancia militar bajo la presión del Virrey de Lima, dable no era sustraerse desde luego a una soberanía armada y fuerte, que la colaba como al tesoro mayor del virreinato.

Aguardaba el poeta el momento propicio, preparado por su larga campaña de precursor, como la de Espejo en Quito, como la de su compañero Mejía en las cortes de Cádiz, como la de Miranda y de Nariño.

Debía hacerse la separación de la metrópoli y del virreinato opresor ¡y llegó! En pocas horas, al concurso de nobilísimos jefes extranjeros, el pueblo de Guayaquil en masa apellidó libertad el 9 de Octubre de 1820, y puso de jefe de su gobierno a Olmedo. El elemento militar, en plena campaña, en lo más culminante de ella en toda América, erigió aquí los atributos del mando a un hombre civil, modestísimo, ¡a un poeta! Y éste, procediendo como político viejo y patriota consumado, escribió el primer estatuto constitucional, formando con los patriotas nativos del Guayaquil, la república independiente que desafió la codicia de los virreinos. El poeta puso un pedazo de cielo de su patria sobre las blancas espumas de su río, e hizo su hermosa bandera de concordia, de paz y de poesía.

La proclamación de Guayaquil, como la inmediata posterior de Cuenca, sostuvo la independencia local, dejando un antecedente de gallarda altivez, hasta en contra de las imperiosas influencias de la gratitud a los grandes hombres de la naciente Colombia. Los sucesos de entonces se juzgan con el criterio de hoy, y esa libertad de acción que proclamó el sur para ser y organizarse a su guisa, correspondía al antiguo programa de los patriotas de Quito en 1809 y 1812 que declararon natural y obvio el derecho de todas las secciones americanas a determinar sus destinos.

Guayaquil como Cuenca declaróse estado independiente. Más tarde los ejércitos de Colombia debían adelantarse al sur, vencer en Yaguachi, ser vencidos en Múrica y triunfar en Pichincha. El prestigio de la victoria y el reconocimiento al auxilio extranjero produjeron la incorporación a Colombia de todo el antiguo Reino de Quito. Elímera ocupación militar, que tuvo muy pocas trascendencias a la vida civil, y que quitándonos la soberanía doméstica, nos dejó después sin muchas de sus ventajas, mermados los labores y mermada la gloria...

No es dable negar ni mengua para los patriotas de Guayaquil y para Olmedo su persistencia en conservar la República creada en 1820, ya que la Gran Colombia no representaba, en verdad, una nación homogénea sino un nombre, el de Bolívar, a cuya desaparición debió seguirse inevitable la de su ensueño, tan grandioso como inconsistente. El antiguo reino de Quito subordinado a Santa Fe y en parte a Lima, véase envuelto en las combinaciones de expansión de Colombia, al mismo tiempo que la diplomacia de Lima extendía cautelosamente sus roles al sur del Ecuador: un capítulo de la antigua conquista comenzada en las comarcas de Quito, bajo el cetro de Túpac-Yupanqui y Huánu Cápac! A la codiciada Guayaquil llegó el protector San Martín para una conferencia con el Libertador de Colombia. La conferencia se realizó en esta ciudad, para solucionar las rivalidades de los dos viejos virreíntos. Quedó franca la ruta a Bolívar, y adelante las luces de Scipión — adelante para concedir la emancipación americana, que se concluyó con la marcha triunfal de Junín y de Ayacucho: el sol de estas victorias se esparció en todo el horizonte; y un hijo del sur, un gran Mariscal de los vencedores de Ayacucho, quedó a presidir los destinos del Perú, país entonces el más rico, solar y asiento del poderío español, pero sin hombres que mereciesen defenderlo y regirlo.

Mas, la ilusión de Colombia, ni aun en la forma federal que se preparaba, tenía consistencia. No obstante la impetuosa fama del Libertador y la virtud de Sucre, aunque se había fundado Bolívar en territorios del virreinato de Lima bajo la égida de Colombia; ésta, cuerpo enorme y desorganizado por los mismos empujes militares, si vivía para la gloria, no conservaba señales de larga vida.

Guayaquil resistió a las sollicitaciones de la alta soberanía colombiana, y Olmedo rehusó en absoluto la incorporación a Colombia. ¿Fue un error? ¿no fué más bien un caso de rectitud y valor moral, tanto más comprobado cuanto se ejercía contra los héroes y contra el Libertador, ese como semidiós del cantor de Junín? Consta en numerosos

documentos, que se habían conjurado contra Colombia las principales fuerzas de acción y de influencia desde Venezuela hasta el alto Perú: Páez, Santander, Lamar, los hombres de Berruecos, los facciosos de Chuquisaca, nuestro inteligente y astuto general Flores... Hasta la misma guerra con el Perú en 1828, precedida de la sublevación de un cuerpo de tropas colombianas en Lima, fué quizás un detalle del movimiento combinado para la disolución de Colombia, que vivía porque vivía el Libertador, contra quien se levantó hasta la espada del joven Córdova, uno de los más brillantes capitanes de la América independiente. Colombia, Cid moribundo, hizo su última presentación en Tarquí: la equívoca terrible situación del ecuatoriano Lamar dió margen para que no pronunciase la palabra traición. Olmedo estuvo ausente en Londres al servicio de la agonizante Colombia, cuando el rompimiento de 1828. Tristes y confusos hechos, responsabilidades complicadas, problema histórico que lo resolvería mejor que nosotros los venideros... ¿Nos resultó favorable la incorporación a Colombia? ¿No habría sido más conforme a la justicia que el Sur, hubiese, en los días mismos de la independencia, formado una entidad soberana aparte, como Bolivia? Esto, que lo impulsaba el Perú, nos habría ahorrado por lo menos la contienda de linderos. ¿Tal contienda la manejó debidamente la diplomacia de Bogotá? ¿Hubría entonces el Estado ecuatoriano cedido los grandes territorios que cedió Colombia?

¿Quién podía disputarnos entonces el derecho original, la facultad plebiscitaria de constituirnos nación, con su territorio íntegro, por más que ésto se hallase sujeto a diversas superioridades virreinales, dentro de la complicada organización colonial?...

Olmedo, que ciñó el laurel a la frente de los vencedores de Junín y Ayacucho, el Homero del Aquiles americano, padeció destierro, por mantener el derecho de su tierra natal a disponer de su suerte. Más todavía: tomó asiento en una asamblea del Perú y se le declaró peruano de nacimiento. ¿Pudo era la confusión de pareceres y los contradictorios propósitos de todos estos países, en el momento decisivo de formarse las nacionalidades! El poeta, padre de su patria hasta 1830, persistió en su intento de emancipación definitiva de su tierra del alma, de su rincón del Guayas, con extensión hacia los territorios del Reino de Quito. Según él, a Guayaquil correspondía la concentración, la hegemonía del sur de Colombia. Se ha llegado a decir que se incluyó alguna vez a una incorporación al Perú, bajo el régimen de su compatriota Lamar; pero no consta documento alguno que lo pruebe: antes bien, se deduce de los diver-

esos movimientos de Guayaquil y del testimonio de personas que lo atestiguan honradamente que: el padre de la Patria de 1820 pretendió siempre crear la nacionalidad ecuatoriana bajo un gobierno propio, dentro del territorio del viejo Reino de Quito. Su definitivo pensamiento, que pudo quizás realizarse cumplidamente en los días heroicos de la emancipación, no se hizo sino en 1830 y se completó en 1845, año de lo que entonces se llamó segunda independencia del Ecuador.

Desde 1830, Olmedo fué todo para su Patria, redactó con otros próceres la constitución de Riobamba, y como un homenaje a la gloriosa Colombia, precisamente el pueblo incorporado a ella desde 1820 adelante, se declaró dentro de una vasta confederación con Venezuela y Nueva Granada, para conservar, eso sí, las tres secciones los atributos íntegros de la soberanía. ¡Ni Venezuela ni la nueva Colombia correspondieron al llamamiento del Benjamín de la muerte gloriosa republicana!

Olmedo continuó interviniendo en la dirección de los negocios públicos de su Patria, presidió la Asamblea de 1835, aliado al General Flores, al que rindió homenaje casi en el mismo grado que a Bolívar. El caudillo fundador de nuestra república, desfigurado por el odio político y la versátil opinión de nuestro país, nunca firme en sus simpatías o rencores, fué uno de los hombres públicos más notables que multiplicó Venezuela, para guerrear y gobernar en este lado de América.

Vino más tarde lo que puede llamarse la etapa de Miñarica. En una como sorpresa tentada, los adversarios ardientes del general Flores con Rocafuerte a la cabeza, transigieron... para una transmisión pacífica del poder, hábilmente acordada por el sutil político de Puerto Cabello. Los patriotas de Quito mantuvieron firmes en la tentativa de nacionalizar el gobierno. Sus amigos de Guayaquil con Rocafuerte y Flores reconciliados no llegaron a un convenio; y se realizó el siniestro encuentro de Miñarica, «campo dos veces funesto para la libertad». Allí encontramos el primer capítulo de una larga serie de contiendas animadas por el regionalismo, enfermedad esporádica y persistente en nuestra vida de pueblo no consolidado todavía. ¡Despertó la musa de Junfa con el canto final y magnífico! El General Flores recibió una corona tan espléndida como la de Bolívar.

Espantado el poeta ante la matanza, en su canto mismo, deploró el horror de la contienda intestina:

Rompe tu lira,
doliente musa mía, y antes deja

por siempre sepultada en noche oscura
 tanta guerra civil! ¡Oh tú no seas
 quien a la edad futura,
 quiera en durable verso revelarla:
 que si mengua o escóndalo resulta,
 honra más la verdad quien más la oculta!

Retratado del genio llamó Olmedo a su obra maestra, cuando en 1845 escribió el manifiesto justificativo de la segunda emancipación del Ecuador.

De ese año de gracia y gloria, aparece radiante con los últimos rayos de la puesta del sol, la figura de Olmedo. Almacén e inspiración del gobierno provisional, ocupó sitio de honor en la Convención de Cuenca, uno de los cuerpos políticos más nutridos de hombres eminentes. A Olmedo tocó esta la Presidencia de la República, por derecho, como dijo Rocafrontera, y el temor de los mediocres al genio y la infeliz convicción de éstos acerca de la incapacidad de aquél para gobernar, llevó a la jefatura del Estado a un buen burgués... Olmedo desapareció ya desde entonces en el analfabeto político.

A poco de llevar una vida de esterilidad y *de* concentración melancólica, rindió la jornada, cuando todavía pudo darnos los frutos maduros del ingenio: los prometía para la edad plena y robusta, su espíritu acostumbrado a los encumbramientos del ideal y su arte de ejecución, diestro como el que más en los primores de la forma.

¡Oh tela delicada
 antes de tiempo dada
 a los agudos filos de la muerte!
 (Garcilaso).

Así fué el patriota: *moderado*, *apasionadísimo* de la justicia, de pura integridad, no conoció las sinuosidades de la ambición ni le manchó la tizne de la codicia. De mortaja sirvióle la bandera nacional, tan limpia como los linos de la cuna. Los documentos políticos que de él se conservan demuestran una reposada ansteridad y una rectitud sin vanidad alguna. El Estatuto constitucional que escribió para su República del Guayas, una dichosa república de Platón, contiene las honradas declaraciones de una convicción democrática, sin sombra de falsedad, dentro de un ambiente de pureza y elevación no comunes en las piezas políticas de aquella edad tormentosa y brava. Adviértese primeramente la gran extensión que el Estatuto da a la vida municipal, la *vida primera*, la de *gestación*, la más *enérgica*, la más que-

rida. A los Ayuntamientos encarga unos cuantos servicios hoy llamados nacionales: la instrucción y beneficencia públicas, la policía y la seguridad, las mejoras; todo lo que atañe a lo doméstico, para desarrollo de la actividad familiar en la ciudad, firme cimiento de la cultura cívica y de la cohesión nacional. Aquella constitución ordena también el servicio militar obligatorio; una anticipación admirable del patriotismo, antes que ningún pueblo ni político alguno pensasen en dignificar la milicia convirtiéndola en ciudadanía organizada que reemplace a los mercenarios de uniforme. El acta del 6 de Marzo de 1845 contiene también declaraciones de sinceridad patriótica, que no fueron desmentidas por el integérrimo varón que las escribió. Si algunas contradicciones se advierten en el proceso de su limpia vida, se explican por los caprichos del tiempo, la inesperada variación de los hombres y las súbitas evoluciones que se traducen en las curvas de la existencia. El hombre no puede prescindir de la corriente que lo lleva y del viento que lo empuja; su destreza consiste en guiarse por el espíritu de la hora, por la instintiva ingeniería del pensar y del sentir, que dijo Tolstoi.

Así fué el hombre, en verdad, padre de su patria, modelo en la vida doméstica y enderezado siempre con rumbo al deber.

¿Y el poeta? Nadie que no sea nacionalista extranjero o pedante esclavo de la última moda, le negará su puesto de primogénito de la poesía castellana en América. El mismo, sin embargo de su timidez, tuvo visión cierta de su fama por convencimiento de superioridad:

La voz del Guayas crece,
y a las más resonantes emudece (1).

Así afirma la musa de Junín, y el poeta escribe a su Aquiles: «Los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad».

A tiempo de estallar el movimiento separatista en este continente, aparecieron como improvisados, tres poetas: Olmedo, Heredia, Bello, columnas que todavía aparecen, lejos sí pero en alto, a la cabeza de las generaciones que van hacia la nombradía. Heredia tan inspirado como Olmedo, de más equilibrio y sobriedad en la composición y los recursos arísticos, cede la primacía al vate del Guayas en elevación y por la nota pintoresca y original, por el dinamismo nervioso y crepitante del numen que esporea el flujo emocional y deja en la atmósfera la vibración genial, onda so-

(1) *La Victoria de Junín.*

una del ritmo. Bello, autor de las *Silvas americanas*, primer polígrafo, sabio y gran humanista, llegó a poeta por el camino del estudio y cinceló la estrofa como flor de la ciencia, describió en metáforas lapidarias las maravillas del trópico, y dictó, en frías, rítmicas cláusulas, máximas de lealtad para los estados nacientes. El mismo Bello, colocado a las faldas del Olimpo, reconocía en Olmedo su más alta cima.

Estos poetas, Olmedo principalmente, formáronse en la época española, sobre el helado vástago del siglo XVIII, de impecable manera y casi vacío de alma: el perfume de un vaso roto. Mas ya en España habían anunciado el alba del renacimiento Quintana y Gallego, aquél uno de los encumbrados líricos de habla española. Nuestros poetas añadieron a la lira castellana que ronacía una nota de sinceridad procedente de América, de su prodigiosa tierra, de su espíritu nuevo, de la sugestión de su paisaje y de la visión de su porvenir: la emoción ante el Niágara maravilloso, la evocación del *Teocali de Cholula*, la *Agricultura de la zona tórrida*, página de geórgicas de la tierra tropical y el poema de *Junín*, grito épico de la América libre, poesía patriótica no superada aún y canto marcial que en las letras castellanas no halla término de comparación sino en otro canto guerrero del mismo poeta.

¿Cómo clasificar a este poeta? ¿De dónde procede la parte erudita de su composición? Su educación clásica aparece completa, sobre él ha pasado la sugestión de Homero y Píndaro; de aquél procede la revista épica de sus héroes de la guerra magna en los campos del Perú; de Píndaro, el grito inicial, el ardor apolíneo y el vuelo nervioso y ondulante. Virgilio, Lucrecio, Horacio, Ovidio y Lucano le mostraron en el buen gusto, en la sobriedad, en la nítida precisión de la frase poética. El se declara discípulo de Meléndez Valdez, que en rara ocasión, se elevó a los altos tonos, limitando al género pastoril y amatorio sus brutidas estrofas. El burdo americano de tau potentes alas no pudo cobrar impulso imitando a una águila de jaula, como fué el dulce *Botilo*. Más directamente coincide con Quintana, el famoso lírico del *Panteón del Escorial*. Descontada la influencia de los estudios grecolatinos, en Olmedo ejercieron sugestión poderosa las literaturas de Francia e Inglaterra, sobre todo la última. La modificación que en él se advierte del clasicismo tradicional de España, procede de las letras inglesas, de su comercio con Pope, Richardsson, Milton, Dryden y el sordo Ossian. Las pocas notas y cartas que se conservan de nuestro poeta comprueban la amplitud de sus conocimientos, la fineza de su la-

bor artística, la seguridad de su procedimiento, su originalidad, en especial para impulsar la acción, descomponiéndola en instantáneas variaciones y en súbitos contrastes: las rompientes de la luz sobre el fondo de la sombra. La obra, concebida y creada, desde su primera materia, asoma lozana y tumultuosa, para descomponerse en los períodos rítmicos, con sobriedad estatuaría y vibrante animación.

Aunque ella aparezca espontánea y fácil, procedió de una lenta, trabajosa labor, fruto de una vocación artística sostenida por un respetuoso culto a la dignidad del arte. De ahí la escasez de su producción y la casi soledad magnífica de sus dos poemas inmortales: el *Canto a Bolívar* y la *Oda a Flores*: documentos máximos de la lírica española, que resisten a la comparación dentro de todas las literaturas modernas.

Parece que tuvo empeño en no producir sino las dos memorables ocasiones, movido por el espectáculo marcial. Después de cada uno de sus poemas, se hizo el grande, el sublime silencio, también obra de arte, matiz severo de la vida. Después de las soberanas acordes de una sinfonía, bien observó Wagner, la emoción nos demanda reposo, y la tregua de silencio completa la obra nuestra. La no interrumpida producción podrá acentuar exuberancia y magnitud; pero la rareza tiene algo de solemne que se conforma con la severidad y el religioso culto de las artes.

Porque estos cuadros y versos de batalla, rarísimos en las letras, no han llegado a la tendencia de perfección y a la ejecución cabal.

La excesiva emoción superior a los medios de traducirse trae en veces la frialdad. Casi nunca el cantor se pone al nivel del héroe. En la dificultad de describir las diversas fases del combate, en la imposibilidad de trasladar a la forma la supremía expresión del valor y del miedo, ¡han escollado tantos ingenios! En la pintura mismo, resultan muy escasos los lienzos de batallas; y por un David, o un Horacio Vernet, se multiplican los dibujantes de muñecos de guerra y los empastadores de grandes masas de color. ¡Cuántos héroes y caudillos no han tenido, a lo menos en la poesía lírica, un cantor de sus triunfos; no lo tuvo Alejandro, no lo conoció César, Napoleón no cabía en las canciones de Beranger; y aun los acentos de Lamartine o Hugo vinieron desacordes para la grandeza del tema, la inmensidad del escenario y la calidad del héroe. En la épica antigua, sí aparecen soberanamente los personajes de la gran guerra de la sagrada Troya, los más humanos de la Eneida, los gallardos paladines del cielo medioeval y los reyes, campeones y magacantes de los poemas del Re-

acontecimiento. La lírica de combate afuera de Alemania y de algún otro país del norte, aparece lánguida o escasa, no se ajusta a las móviles, terribles escenas de la lid, y la impresión final que tales composiciones dejan, acaba en la convicción de la impotencia del cantor. En la elegía se encuentran sí ejemplares admirables. ¿Quién no recuerda el *Canto de Mayo* de Manzoni y la oda del predileto hijo de Colombia Miguel Antonio Caro, al Bolívar de la estatua de Temerari?

Aquí está el primer poeta guerrero, el primer lírico de la guerra. No tuvo el César Carlos V. ni D. Juan de Austria quien celebrase dignamente sus hazañas. Herrera, el bíblico y divino, no acertó con el ambiente de Lepanto. En nuestra América, en una guerra separatista, los soldados improvisados encontraron al que centuplicase su estatua y los entregase radiantes a la posteridad. ¡Quién lo creyera! un varón moderado en sus empeños, hombre de galanteo, incapaz de esgrimir espada y de soportar un chispeo de fusil ¡contraste y prueba de la rareza del genio! fué el poeta de los combates, que acertó su táctica poética, cubrió el campo, siguió los detalles infinitos de la acción y tomó la ruta a la victoria.

Verdad que se nota, sobre todo en el poema de Junín, algo de la «aratoria rimada» que dijo Bolívar, uno de los mejores críticos del poema que lo sublimó; quizás pudo deteriorarse mejor el carácter del Inca, vengador de la América prehistórica y profeta de la nueva; aparece sin duda pueril la celebración de los ritos del culto al sol en un país en que habían hecho la conquista y la emancipación guerreros cristianos, los principales de ellos de estirpe castellana. Que el poema adolece de expresiones vulgares, de énfasis declamatorio, de nimiedad en ciertos detalles ¿quién lo niega? Mas el conjunto de ese gran fragmento de epopeya se impone soberbiamente a la emoción y a la admiración. Comienza con el apóstrofe pindárico, y la musa se adelanta al campo para mezclarse en la carga de Junín, que detiene al sol en el ocaso, para mostrar la magnificencia del cuadro final de la victoria, sobre la que flota el misterio del crepúsculo, en una épica sublimidad. En esa noche, silenciosa en el cielo, quizá por última vez, el maravilloso antiguo: es la aparición del Inca, del varón más excelso de la remota historia, semidiós de su mitología, hijo de la vieja Tomebamba, compatriota del poeta y el único que podía desafiar la gloria de Bolívar. Este, al leer el poema de Olmedo, celos tuvo de la grandeza de Huaina-Cápac: eran el uno para el otro, los únicos de grandeza definitiva cuando cantó el poeta del Guayas.

¿Que este recurso, esta máquina arcaica no encajan en la poesía moderna? ¿Que sólo a los contemporáneos se permite la libertad artística? Ya se defendió el mismo poeta: «Eso de reglas, de pautas, es para los que escriben didácticamente... ¡Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la esfera del bello ideal es suya... Si el poeta se remonta, dejadle, no se exige de él sino que no caiga». He aquí los cánones de libertad antes del romanticismo, he aquí a un predecesor de Hugo y Byron. Ya le había enseñado el dulce Virgilio, un dios del clasicismo:

*Novit nanque omnia vales,
Que sunt, que fuerunt, que novæ ventura trabunt.*

Debe más bien encarecerse la audacia de quien ensayó este recurso en vida mismo de los héroes celebrados en el poema y teniendo a la vista las pequenezas de la realidad. Para cantar dignamente en la épica trompa, se ha menester que el tiempo como el sol al caer duplique la sombra de los héroes. Olmedo logró vencer esta ley de la naturaleza y precisamente para suplir la pequenez de la farsa que dijo Bolívar, puso sobre él la sombra del Inca. Menéndez y Pelayo no obstante restar méritos en ocasiones al poeta insurgente, lo juzga con la olímpica rectitud con que casi siempre procedía, juez de vivos y muertos en literatura. El condena severamente la aparición del Hércules indiano y la copia hasta de Martínez de la Rosa, sin advertir que la aparición del Emperador en el poema americano se desarrolla viva, el personaje místico se impone: se escucha su voz, se lo siente, escuchamos reverentes sus anuncios y participamos en el coro de las vírgenes que rodean a la augusta sombra. Además, el poeta no tiene más fronteras que el absurdo, crea dentro de los límites de lo infinito, asciende a lo suprasensible, dentro del vasto mundo de lo verosímil, reconstruyendo las edades muertas, resucitando a genios y dioses; y no pide sino que se mida la magnitud y grandeza de su obra por los efectos que produce: si emociona y transfigura y arrebató, la obra buena es, por más que se escape de los vallados de la lógica. «El Arte, escribió, Musset, no es ciencia ni oficio. La ejecución de la obra de arte es una lucha contra la realidad».

La épica en la poesía lírica, el arrebató maravilloso, en un himno guerrero; ¡antítesis asombrosa! que la ensayó un artista audaz, sin detenerse en los procedimientos de escuela, ni arrodillarse ante la frialdad de los hechos, confundiendo, en un torbellino de inspiración, a manera de los profe-

los héroes, hombres y cosas, lo pasado y lo futuro, para una predicación de paz, de gloria e imperio en una América monarca, regenerada y unida de polo a polo, que equilibre la historia con su peso, como la gran mole de los Andes sentados sobre bases de oro. Atlas más vasto y soberano que el de los Titanes...

Señoras, caballeros, que estáis celebrando estas fiestas patrióticas, galantes y soberbias, en recuerdo de vuestra primera libertad y por la ventura de la casa aparte; hermosas encantadoras que presidís aquí la escena, niñas arrancadas a los rosales del poeta en la margen que lame y acaricia el sagrado río; sabed y creed que el padre de la Patria comparece ante los herederos de su fama y los usufructuarios de su campaña cívica. Rodeado de los próceres, de los honrados vecinos, de los soldados beneméritos que dictaron y firmaron las capitulaciones de vuestra emancipación, os recuerda: que el gobierno es paternidad del pueblo, nacida para él, ministro de él; que la libertad no es una antona para deslizarse en el fango sino un ala para tender el espacio con rumbo hacia la luz; que la patria, aunque desvalida, madre nuestra es y debemos amarla, servirla y sacrificarnos por ella, sin desertar de la honradad, sin huir de la casa, esclavos de otros países y de otras civilizaciones. Os recuerda que Dios es árbitro de los destinos humanos y su ley y su órbita; que «no hay otro remedio para los pueblos que un buen sistema de moral, a que deben propender todos los que aman a la patria, y desean prosperar por las bellas letras, por el influjo de una sabia y propia legislación y por el imperio de las buenas costumbres, más eficaces que las leyes físicas». [1]. Os recuerda que gobernar corresponde a los más diestros y virtuosos ciudadanos, el manejo de la hacienda a las manos más puras, el ejercicio de la espada a los héroes; que la ciudadanía es hermandad, la misericordia ley; que antes que la política está el trabajo y la formación tenaz de nuestra personalidad; más bien que intentar la formación de otros, modelemos nuestra propia fisonomía y adoptemos las posturas de serenidad y nobleza a que se nos llama en la vida pública. Así nos engrandeceremos como hombres y como nación. Y para hoy y para mañana, pues no somos aún del todo independientes, ya que no están de un lado cerradas las fronteras,

la Patria os pide y el destino os manda
otro afán, nueva lid, mayor victoria.

(1) *Prólogo a la traducción de las Epístolas de Pope.*

Y para el banquete espiritual, para la delicia de las artes, para soberanía de las deidades protectoras de esta tierra de epopeya, ¿no véis aún encendido el fuego en oblación al numen de vuestro magnífico poeta? Guardado habéis religiosamente la llana sobre las aras: encendida la tuvo aquí uno de los más diestros líricos cuya potencia verbal desafia a la de los más incansables justadores de la lira, el robusto, el tonante, el dolorido Llona; viva queda la armonía de Borja el cantor de Sucre, hijo del Pichincha heroico, nutrido en la inspiración del Guayas; González, el Proteo del verso, el eterno proscrito llenó vuestras selvas del rumor de sus estrofas. Olmedo ha visto en ellos a los guardadores del culto de su Olimpo del Guayas. Y ahora, liras robustas y liras juveniles conciértanse en numeroso coro. Aquí alientan los hijos mimados de la ciudad gentil, para rendir homenaje a la hermosura, diosa del poema representada hoy por bellades de espiritual encanto, que desde el altar nos piden los ritos de su culto con la divina palidez de la emoción virginal, con los labios palpitantes en que duermen las caricias del ritmo, con los ojos de luminosa negrura como las estrellas del trópico. ¡Salud a ellas, salud a la reina, salud a los venedores de la lira! Y perdure en estas playas la religión de la belleza, con la admiración a los héroes guardianes de la patria; el héroe y el poeta se juntaron en este bendito suelo, para hacerlo mansión de apoteosis, donde el poeta mayor de América sublimó a su hombre más excelso. El poeta recibe en esta vez la recompensa más dulce, la sonrisa de las gracias; lo demás que él pedía, ya lo tuvo en el amor de sus hermanos. ¿Y los tiranos? no quedan ya los tiranos!

¡Feliz yo que te saludo, sombra veneranda! Venido de las montañas, para rendir tributo a tu memoria, agrego un modesto nombre al de tus admiradores, pido ciudadanía a tu pueblo natal para guardar los fuegos de tu gloria y te entrego la lira que se estremeció a las caricias de tu numen. ¡Ella duerma sobre tu tumba!

NOTAS

UN LIBRO SOBRE OLMEDO

Con motivo del centenario del 9 de Octubre de 1820, se publicó en Guayaquil el excelente libro *OlmEDO y sus obras. Estudio histórico crítico por el P. Francisco Váscones, S. J.*

En los días mismos de celebración del centenario, apareció aquel notable estudio, completo en su género y lo mejor que hasta hoy se ha escrito acerca del patriarca de los poetas republicanos de Hispano-América.

Es altamente honroso para el autor del discurso la conformidad de la mayor parte de sus afirmaciones con las del P. Váscones, autoridad ya en crítica literaria, que ha demostrado conocimiento y conciencia en su *Historia de la literatura ecuatoriana*, cuyas opiniones y fallos por lo general se conforman con el buen gusto.

La bibliografía sobre el poeta de Juuín es ya abundante y en parte selecta: recuérdese a Menéndez y Pelayo, Cañete, Miguel A. Caro, Don Andrés Bello, Don José Joaquín de Mora, Rafael Pombo, J. M. Torres Caicedo, los Amunáteguis, el P. Solano, Juan León Mera, D. Pablo Herrera, Clemente Ballén, Angel Salcedo Ruiz, Víctor L. Vivar, Manuel J. Calle, Gabriel Pino Roca, Arroyo del Río, P. J. F. Heredia, Rafael Vélez M...

Debe mencionarse, con alto encomio, la diestra versión francesa del *Canto a Bolívar*, que la debemos al poeta insigne, notabilísimo caballero y literato D. Víctor Manuel Rendón, benemérito de las letras nacionales.

Además de los indicados, resulta copiosa la literatura crítica sobre el cantor de Juuín, en revistas, folletos y al frente

de antologías.

En biblioteca tan nutrida, prevalece el libro del Padre Váscos, a quien es justo presentar homenaje de aplauso.

Al P. Váscos y al que hoy le enconia quizás la censura les encontrarán la tacha de hiperbolismo. Mas, uno y otro procedimos sobre antecedentes de crítica extranjera y sobre la amplia base de la literatura comparada. ¿Que el patriotismo nos haya forzado a echar inadvertidamente más sal que la necesaria en los manjares? Nos sirva de excusa aquella misma honrada virtud del patriotismo: lo de casa se ve siempre con más simpatía y la celebración de sus excelencias brota con abundancia, con la abundancia del corazón.

Cuanto a las cartas de Olmedo, el P. Váscos prescinde de las cinco primeras que constan en la colección de O'Leary, t. IV. La segunda de ellas explica la situación del prócer guayaquileño con respecto a su Jofitura creuda el 9 de Octubre y a los motivos de su destierro voluntario al Perú.

EL ECUADOR ENTRE EL PERU Y COLOMBIA

Lo que se afirma en el discurso sobre la mala suerte del Ecuador, es claro que no disminuye un punto la admiración y la gratitud que debemos a los libertadores y a los héroes de la Independencia. Sin ellos no seríamos pueblo libre. La emancipación por mano de Colombia la grande nos hizo partícipar de su excelsitud: nos cabe la gracia de pertenecer a su primera magnífica historia.

Pero esto no quita que, a la luz de una filosofía algo más positiva, consideremos que nuestra incorporación a Colombia nos trujo desde luego la posición secundaria que se nos dió, que no correspondía a la arrogante y libre que proclamamos en 1909 y 1912: de protagonistas pasamos a la comparsa, y no se nos consideró dueños de nuestros destinos, por segundos; y cuando entramos a formar los de Quito en Colombia, perdimos los límites de la Audiencia, desde Paíta hasta el río Mayo en Occidente y desde el grado 6º de latitud hasta los linderos con el Brasil al Sur y al Oriente. Dado el primer paso, lo demás vino en seguida.

Para explicar las ambigüedades de Olmedo y otros ecuatorianos ilustres de 1820 adelante, téngase presente que nadie esperaba de la vitalidad de Colombia, ni aun el Libertador, que consentía en una división federal, con agregación hasta del Cauca al Ecuador. Consta ello de su correspondencia.

Así es como se explican las siguientes afirmaciones del P. Bolívar:

«Una de las causas que ha retardado el progreso del Ecuador es haber formado parte de la antigua Colombia. Esta, por su vasta extensión, por el difícil recurso a la capital, por los intereses opuestos de cada departamento, no podía sostenerse bajo la unidad: fué precisa la separación que exigía la naturaleza de sus partes constituyentes. Así es cómo al Ecuador que nada había adelantado (!) formando parte de Colombia, le tocaron solamente los males de una administración viciosa...» (*Obras.-Revista europea y americana*).

No podía pues interpretarse como traición el que los sucesores de Alejandro, cada cual se procurase un pedazo más o menos amplio del territorio, y que algunos patriotas ecuatorianos (según declaración del General Heres) pensarán en la inmediata separación del Ecuador bajo el mando de Lamar, el único caudillo militar ecuatoriano, para organización de un nuevo Estado o su agregación al Perú, que para ser gobernado, necesitaba entonces de hombres de afuera, como San Martín, Bolívar, Lamar o Santa Cruz...

El mismo P. Solano lo había dicho:

«El Perú tiene más elementos monárquicos que republicanos. No es más que un bello mármol, del cual se puede hacer una hermosa estatua... El Perú no tiene un hombre de Estado... Si los hay, estarán próximos a la suerte de Catón, por los triunfos de César. Algún ateaista político podrá persuadirse de que el Perú progresará por casualidad... por creer que la estructura del universo se debe a la combinación casual de los átomos» [Id. Id].

De esto y de mucho más que se podrá apuntar se deduce que hubo miras y propósitos sobre el Perú en Guayaquil principalmente, ya para un vasto imperio peruano o para una separación del Ecuador, sin la tutela de Colombia. Con honrosas excepciones, el militarismo venezolano principalmente, pesaba como una montaña en los departamentos del Sur, que ansiaban redimirse, y que no se redimieron totalmente sino en 1845.

Así y todo, al separarnos de Colombia, lo hicimos honradamente; nuestra conducta no fué equívoca como la de Lamar y sacrificado éste, quedó salvada la lógica de la historia. No pudo ser de otro modo. Mas no por ello quedó sancionada nuestra herencia ni limpia de tacha la conducta de los hermanos mayores de la familia colombiana... Esto sin tomar nota de la mutilación del territorio. De la unión salimos, no con las manos vacías, sino con un brazo menos.

Las intemperancias de la patriotería han condenado a Olmedo por su empeño para la traslación de los restos de La-

mar a su patria. El criterio sereno del poeta patricio supo medir las cosas y a los hombres, en el momento de su actuación y no a la luz que más tarde debía encenderse para juzgarlos, según la filosofía de los resultados. No podemos borrar de nuestra corta lista de guerreros, a uno de los más ilustres, que impuso su fama hasta el grado de obtener el mando de un poderoso Estado.

Acaban de traerse a su ciudad natal los restos de Ximena, uno de los más ardientes partidarios de la incorporación de Guayaquil al Perú. ¿No dirá acaso el puritanismo patriótico que fué necesaria la salida de los restos de Gual, el negociador del tratado de Guayaquil, para que volviesen a ésta los de Ximena?

Quizás merecen alguna misericordia los hombres notables, más que las medianías; y no es justo dudar que aquellos ecuatorianos, si se equivocaron, no por ello dejaron de amar a su patria. Sus errores se juzgan con el criterio de hoy, cuando está definida nuestra nacionalidad. A lograr ellos su empeño, ¿creíamos nosotros los que condenásemos su gestión patriótica? Sábelo Dios...

Lo que hubo en los últimos años de Colombia fué un vasto movimiento para disolverla, por motivos regionalistas y por espíritu demagógico contra el Libertador, que no supo ejercer la dictadura, necesaria entonces. Santander estuvo de acuerdo con Obando, Páez fué el primero que alzó bandera de rebelión, Obando se puso al habla con Lamar, los regionalistas de Guayaquil favorecían la separación de esa provincia, y en el Alto y Bajo Perú, sobre todo los elementos realistas obraban en conjuración contra Colombia y contra Bolívar. La campaña de Tarqui significa uno de los primeros movimientos antibolivianos y anticolombianos. La cuestión territorial aparece secundaria. Lo principal que se advina, en el fondo del conflicto, es la formación de las nacionalidades que se perseguía entonces. El Gral. Flores, primer presidente del Ecuador, logró lo que no pudo el desgraciado Lamar...

En Diciembre de 1828, Obando escribía a Lamar: "Yo me ocupo de algunos arreglos para hacer algún amago sobre el Ecuador y apoyar de este modo las operaciones de Ud... Es el momento en que el Perú recompense a Colombia la protección que le dió..." En carta a Micolta, confiesa estar de acuerdo con Lamar y "apoya las operaciones del ejército del Perú..." (*Memorias del Gral. O'Leary t. VI*) Obando servía a Santander, y Santander estaba en la conflagración (V. las *Memorias del Gral. Posada Gutierrez*).

El Gral. Rafael Urdaneta escribió a Soublette (16 de Mayo de 1820):

Con referencia a personas respetables de Loja, consta que brindando Lamar por Santander, a su entrada, dijo: que yo soy llamado por él, y que él lo había indicado también el plan de campaña; que las operaciones de Lamar alcanzarían hasta el Jumbunbí; que se formaría un Congreso en Quito y se eruiría la república del Ecuador, que debía presidir Lamar como hijo del Azuay...» [*Memorias de id.* t. VI].

Tan autorizados testimonios excusan por lo menos a un general centenario, que además de sus pretensiones nacionalistas, tenía el resentimiento justísimo de la resistencia a que le reconocieron general de Colombia. Se dijo que no pudo ello ser, por no haber Lamar prestado servicios a esa nación. ¿Y Ayacucho no fué una batalla de Colombia...?

¿Cómo y por qué se exigía a los departamentos del Sur el *patricianismo colombiano* que no tuvo Páez, que no tuvo Santander?

¿Diágnose, pues, con más serenidad, acerca de las responsabilidades de 1828 a 1830...

LA INSPIRACIÓN DE OLMEDO

Caso de complicada psicología aparece en verdad el de Olmedo, poeta que se muestra súbita y magníficamente inspirado, y que sin embargo, componía con penosa lentitud. La creación espontánea se hace sin esfuerzo, ¡Pero será que, en algunos, la creación se divide en periodos como los del Génesis explicado por la ciencia? Además "los genios más maravillosamente dotados no se encuentran a toda hora en posesión de sus medios" [*P. Váscos, o. c.*]

Al dar noticia a Flores de la gestación de la *Oda de Minerva*, dice Olmedo que al despertar la musa de Junín, se creyó poeta por primera vez, como si se encontrase en una región nueva y extraña. Tornaba la epilepsia del nombre que dijo Ovidio:

"Est dens in nobis: agitante calescimus illo."

Es la antigua observación de Platón acerca del dios que sacaba de quicio a sus elegidos, para hacerles oráculos suyos. Menéndez y Pelayo (*Historia de las ideas estéticas* t. I) expone lo que al respecto se dice en el *Fedro* del gran filósofo: «Las mayores obras humanas se hacen por cierto furor, manía o delirio que los dioses nos infunden. *Manía* es el arte que predice lo futuro... *manía* la inspiración poé-

tica que instruye a los venideros de los hazuñosos acontecimientos de los pasados»...

Esta altísima doctrina consta en una de las partes culminantes del *Canto de Junín*:

«¿Quién me dicra templar el voraz fuego
en que ardo todo yo? Trémula, incierta,
torpe la mano va sobre la lira
dando discorde són. ¿Quién me liberta
del Dios que me fatiga...?
Siento unas veces la rebelde musa,
cual *bacante en furor*, vagar incierta
por medio de las plazas bulliciosas,
o sola por las selvas silenciosas
de las risueñas playas
que manso lamo el caudaloso Guayas.
Otras el vuelo arrobado tiendo
sobre los montes; y de allí desciendo
al campo de Junín; y ardiendo en ira...
y en cristado morrión y peto armada,
cual amazona fiera,
se mezcla entre las filas la primera».

Enfrente de *Mívarica*, repite el vato los estremecimientos de la emoción inspiradora:

«Así mi musa un día
sintió la tierra huir bajo su planta...
Inquieta, atormentada
de un dios que dentro el pecho no le cuba.
profiere en alta voz lo que no sabe...
Canoras voces se alzan despertando
la musa de Junín...
Ya está dentro de mí... Veloces vientos
anunciad a las gentes
un nuevo canto de victoria. Dadme
laurel y palmos y alas esplendorosas;
volvedme el estro santo
que ya en el seno siento hervir el canto...

Don Angel Salcedo Ruiz, en su hermoso libro *La Literatura española*, (t. III) opina, no obstante lo apuntado, que Onmedo «es un buen poeta, menos puro de dicción que Bello, más frío y artificioso que Heredia, grandilocuente, muchas veces orador tribunicio y no cantor lírico, de fascinadoras imágenes y versos resonantes, majestuoso, lleno de lugares comunes».

El diestro Sr. Salcedo, como buen soldado español, no ha podido perdonar al poeta de Junín varios conceptos del malhadado discurso del Inca. Pero este defecto propio del momento no puede autorizar a decir *frío* a un cantor de guerra, que sintió su emoción, rindió culto al heroísmo y amó apasionadamente a su patria. Por confesión unánime de los críticos anteriores al patriota Salcedo, nuestro poeta poseyó la fiebre del numen y el furor del oráculo. Quanto a los lugares comunes, o sea al lenguaje poético de entonces, Olmedo es quien primeramente se emancipó de la etiqueta de palacio, más ampliamente que Quintana y Gallego.

Tampoco puede llamarse *artificial* a un genio: que sí lo fué el cantor de Bolívar. Tuvo facultad creadora, y esta facultad excelsa se confunde con el arte en la realización de la obra. Nuestro P. Váscónes [lib. cit.] dice a propósito del vate ecuatoriano: «Los genios creadores, por la excelencia de sus dotes y su temperamento, nacen constituidos en tales condiciones, que sin mayores esfuerzos ni estudios, dan con el procedimiento más conforme con las leyes estéticas... y los observan con perfección...»

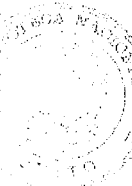
Olmedo, a pesar de la lentitud de la composición, acertaba en la forma, que recibía el sello de una inspiración espontánea y elevadísima, que jamás hubo de llegar al *artificio*, sino al arte legítimo y original...

LA APARICIÓN DEL INCA

Además de las censuras de la mayoría de los críticos al *Oratio a Bolívar*,— la mucha extensión, lo extraño de la intervención de Hunín Cápac en la épica de la independencia y el consiguiente americanismo de la alocución del Inca—; parece que de la primera y de la segunda de aquellas censuras sale victoriosa la obra de Olmedo.

Éste se propuso celebrar las últimas jornadas de la emancipación y la unión de los pueblos libres de la América hispana en una nueva y gallarda confederación de pueblos; aquella que muy tarde debían celebrar tantos otros poetas: Olegario Andrade (*A la Raza latina*), Cordero (*Aplausos y Quejas y Salutación a Chile*). La victoria de Junín aparecía un campo limitado a los propósitos del poeta, que ante todo, debía cantar otro triunfo mayor y definitivo, el de Ayacucho.

Para coordinar los cuadros de una y otra batalla y concluir con el himno triunfal de la unión americana, era pre-



ciso un recurso de aquellos enérgicos del arte antiguo, que el moderno tan liberal condena. Olmedo prefirió la manera clásica, no la cristiana de los ángeles que presiden el curso de los astros y las rutas de la historia, ni el de los sueños, tan socorrido para los poetas medianos. Ensayó la aparición de un caudillo. ¿Qual pudo ser éste, en el momento histórico? ¿Colón, quizás con más derecho? ¿No representaba acaso la piedad y la justicia reivindicadas en América por Bolívar? Hey, es indudable que, a probar otra vez la épica de la independencia (empresa ya anaerónica), Colón vendría a ser el semidiós. Pero, en los días de la lucha, cuando España era el enemigo y el nombre de Colón un nombre español, fué un acierto invocar al gran Imperador suramericano, el hombre en verdad sobresaliente en la historia de la América primitiva: genio de su tierra, genio de la raza— no *entroncado* en el canto homérico de Junín, como dijo el sabio humanista M. A. Caro.

D. Andrés Bollo escribió a propósito de la aparición del Inca: «Algunos han acusado este incidente de inoportuno, porque, preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente a su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea: el poeta obedece a los impulsos del numen que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención...» [*Repertorio americano*, 1826].

Acerca de este discutido incidente, véase también al escritor ecuatoriano que primeramente hizo crítica en forma. Comentando la opinión de Torres Caicedo favorable a 'la máquina poética del *Canto a Bolívar*, escribió nuestro P. Solano:

«La aparición del Inca es una máquina poética tan hermosa, que no se encontrará cosa semejante, según mi pequeño modo de concebir, ni en Homero ni en el Tasso, etc. Es una imitación de la profecía de Anquises, en el libro 6^o de la Eneida. Pero, esta imitación es superior al original. El cantor de Eneas hace hablar al príncipe troyano de las futuras glorias y calamidades de los romanos, para tomar de aquí ocasión de elogiar a Augusto y a su joven sobrino Marcelo. Esta es una pura idea del poeta. El cantor de Bolívar pone en boca de Huaina Cápac un discurso que, a excepción de algunos períodos, es el mismo que pronunciaron Huáscar, Atahuallpa y Manco Inca. Véase la historia

de Garcilaso. En una palabra, esta ficción es la más verosímil entre todas las apariciones de divinidades, fantasmas, furias, espectros, etc., de los poetas más famosos. De manera que Olmedo ha observado literalmente el precepto de Horacio en su Poética:

Ficta voluptatis causa, sint proxima veris;

y de aquí resulta aquel apasionarse el lector americano de una multitud de ideas, que hace nacer esta visión, con respecto a la patria, mucho mejor que los cuentos de Homero y el pasaje tan poético de Virgilio: «tu Marcellus eris»..., que hizo derramar lágrimas a Octavia y a su hermano Augusto (*Obras*, t. IV).

En la novísima *Historia de la Literatura española* de D. Angel Balceña, se expone hasta en forma satírica, la incongruencia de la aparición. Ciertamente el sentido común no es medida para el arte, y el lado burlesco, a la luz de aquél, aparece luego, y fácilmente. Así, podemos tratar en guisa al mismo Horacio y a su imitador Luis de León. Si la aparición del Inca resulta inverosímil y grotesca, ¿cómo no será al discurso del Tajo que

“el pecho sacó fuera, y
habló de esta manera?”

La sustancia del *discurso* del Inca pide también disculpa, por el carácter de esa clase de piezas. En efecto, nadie duda que el autor habla por boca de sus personajes y los moderniza, trasladando a los más remotos, al teatro en que vive y se mueve el poeta. De ahí las incongruencias y el proceso numérico. ¿Qué documento más concluyente en apoyo de esta observación que la audacia creadora de los diálogos hipotéticos de Shakspeare? ¿Quién busca en la tragedia de este auténtico Julio César? El arte se mueve en la amplitud de lo verosímil, y por más que se documente como en Plébeus o Hymenus, no prescindirá jamás de la nota personal que procede del autor, de su genio, de su inclinación, de su ideal artístico.

En el escudo que tantas veces apuntaba nuestro M. J. Calle, de las *idolopeyas*, explosiones líricas a cargo de un muerto, que no nos pide cuentas de haberlo hecho órgano de nuestros desahogos personales.

Y en la misma España de su tiempo y en el mismo poema de Quintana *Panteón del Escorial*, ¿no es verdad que Felipe II, Isabel, Carlos V hablan por boca del poeta filósofo, en una forma imposible? No menos que el Emperador

acaba con aquellos célebres versos:

«¡Oh míseros humanos,
si vosotros no hacéis vuestra ventura,
¿lo lograréis jamás de los tiranos?»

Pero, de ello no se acierta a prescindir, sin que se suprima la mitad por lo menos de la literatura: poemas épicos, la vieja grande historia a lo Tito Livio, el drama y la novela histórica.

Ya se sabe que los vivos utilizamos de los muertos, para fines artísticos y hasta políticos...

Por fin, la venganza que la revolución americana creyó tomar contra la conquista consta de innumerables documentos de la independencia. No era pues aventurado ni insólito simbolizar en el Emperador Inca al semidiós vengador de los atropellos de la conquista. El mismo D. Andrés Bello, en su *Alocución a la poesía*, condensó las largas quejas del *Canto de Junín*:

«No largo tiempo usurpará el imperio
del sol la hispana gente advenediza,
ni al ver su trono en tanto vituperio
de Manco Cápac gemirán los munes».

Y Heredia no se quedó atrás: estaba el caso en la atmósfera de ese tiempo, ¡hermanos de España!: Éra uno de los lugares comunes del patriotismo de ultramar, desde Fray Bartolomé de Las Casas:

«¡Libertad a la patria de los lucas!
Libertad de Colón al hemisferio!
¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
las vírgenes preñadas,
libres del afrentoso cautiverio,
himnos de triunfo entonan a Bolívar.
Los pueblos que feliz libra y adorna
Manco nuevo le llaman,
y genio de la guerra y la fortuna!»
(*A Bolívar*).

El mismo, siguiendo el procedimiento de las apariciones, hizo hablar a Motezuma, Guatimozin, Guacápurú, Manco, Atahualpa, Tupac-Amaru. Y el primero de los aparecidos concluye:

“He aquí ¡oh dolor! la ensangrentada historia

de la infeliz América: do quiera
selló con sangre el español su gloria:
ferocidad, perfidia, hipocresía
tal su carácter fué.....”

LA ODA AL GENERAL FLORES

La crítica ha declarado unánime que esta poesía es la obra maestra del patrioismo del Guayas. Pertenece a la antología universal, y tendrá puesto en las cien mejores poesías de habla española que se coleccionen honradamente. Más todavía: ¿qué pieza del género superará a la del poeta americano? El preceptista más escrupuloso no encontrará en ella falta sustancial a los cánones de la vieja retórica, y los enamorados de la poesía moderna verán en el *Canto de Miñarica* una anticipación de las encantadoras variaciones, del desorden artístico, de los recursos arrogantes del arte que se anunció en los albores del romanticismo. Quien comienza a leer la poesía dedicada al dichoso Flores, terminará indudablemente su lectura, llevado en las irresistibles alas de la emoción, que comienza con el vuelo del águila, imágen de la vieja escuela, admirablemente remozada.

El canto «que dormía en las cuerdas de la lira» vuelve, desde los campos de Junín, para un tema de la última, pequeña y adorada patria, que

“surgió sobre la hirviente y alba espuma
del mar, nacida a serenar los mares...”

Es una nueva batalla que se describe, sobria y magníficamente:

“Los ecos
ávidos unos a otros se devoran,
y en inquietud perpetua se suceden
como olas de la mar...
Rayos sanguíneos las tinieblas aran
con pálido fulgor...
Se hiende el monte, el huracán estalla,
y es todo el aire un campo de batalla...”

Concluye el canto con el apóstrofe de gran atrevimiento:

“Ray de los Andes, la ardua frente inclina,

que pasa el vencedor..."

Lo curioso y casi inexplicable es que tan soberana poesía se hiciera para celebrar una victoria de lucha intestina y de no muy limpios antecedentes históricos.

El severo Fr. Vicente Solano escribió a propósito:

«La última estrofa que comienza

“Rey de los Andes...”

parece muy atrevida. Un poeta, hablando del paso de Aníbal por los Alpes, dice que estos se inclinaron. Aníbal y su ejército de ochenta a noventa mil hombres, atravesando los Alpes para destruir a Roma, es caso en efecto grandioso. Flores, pasando por el pie del Chimborazo con seiscientos o seletientos libertos o esclavos para destruir la libertad ecuatoriana, sostenida por corazones patriotas y no por cónsules y soldados romanos, es una cosa muy pequeña. Cuando Bonaparte, después de la paz de Campo Formio, se presentó al Directorio, Barras le dirigió un discurso, que comenzaba con estas palabras:—Cuando los Apeninos, las rocas del Tirolo y la Carintia se abatían bajo vuestro paso—esto era sublime. ¡Qué ejército! qué jefe, qué obstáculos!»

Al P. Solano se le pudo replicar: que precisamente la grandeza del genio deriva hacia el asunto, y signo es de suprema elevación dignificar lo pequeño, cubriendo su desnudez con la púrpura y oro del arte. Que esto no se conforme con la severidad histórica ni sirva para las conclusiones de la ética, que vale más que el arte; nadie debe negarlo. Mas a Ochoado no le residenciará la crítica literaria [1], y en cuanto a la trascendencia moral de su obra, ya el autor, en sus mismos versos, se apresuró a maldecir la guerra civil, recurso que muy rara vez resulta forzoso emplear. La victoria ciega a veces como en Miñarica, no se da para la justicia: esta casi siempre se acompaña de la derrota, para comprobación del imperio del mal en el mundo.

LA OBRA POÉTICA TOTAL DE OLMEDO

Los autores de recopilaciones selectas han declarado como definitivas las poesías: *El canto a Junín*, *Al general Flo-*

(1). “Para hacer buenos versos siempre es ocasión oportuna, y a los poetas hay que pedirlos más cuenta de los versos que de los asuntos”.—Méndez y Pelayo. *Autología de poetas hispano americanos*.

res, *A mi amigo en el nacimiento de su primogénito*, *En la muerte de Da. María Antonia de Borbón* y *El árbol*.

Se comprende que los críticos españoles incluyeran entre las composiciones escogidas las dos últimas, que pertenecen a la nota patriótica española y hasta a la monárquica y dinástica. Salvo algunos arranques líricos y sonoros versos que denuncian al futuro autor de los cantos de batalla, tales obras no corresponden a la fama de Olmedo. No importa que éste se quede con dos o tres poesías y se releguen las demás a la condición de simples documentos biográficos. Al autor de la *Epístola moral* bástale ésta, para llamarse poeta de los selectos.

Aparte el soneto *A la muerte de mi hermana*, valiente reminiscencia de lecturas francesas, que adolece sí de errores de orden trascendental, entre las obras originales del patriarca de los poetas hispanoamericanos, debe incluirse como excelente el poema *A un amigo en el nacimiento de su primogénito*. Tiene los caracteres de la poesía bien nacida de Olmedo: movimiento, variedad y contrastes, noble discurso y diestra ejecución, que corre límpida y animada.

Algunas de las composiciones incluidas en colecciones atribuidas a Olmedo, no parecen suyas, por no ajustarse a su índole; ¿tal vez fueron piezas de encargo o de circunstancias? El séguito se domestica para volar por lo bajo, en empeño de compromiso. El soneto a Orbegoso difiere esencialmente de la manera de Olmedo; y es curioso que aquella pieza la hubiese incluido, entre sonetos escogidos, D. Miguel Antonio Caro, no tan sólo haciendo omisión de su autenticidad, sino de su muy relativo valor literario.

La traducción de las *Epístolas de Pope* sí merece respeto y elogio; no sólo por el acierto de la traslación libre, acomodada a la índole idiomática castellana, sino por los hermosísimos versos de la epístola primera y por casi toda la tercera, que parece, en buena parte, original de Olmedo, que ha puesto en ella mucho de su espíritu, su abundancia armónica y su primor de dición. Entre muchísimos pasajes, léase este sobre la soberbia misera del hombre:

«¿Pensaba que cuando Dios formaba su obra,
tú sólo estabas en su excelsa idea,
y que salió de su reposo eterno
sólo por darte sér, placer, sustento?
¿Sólo por tí? ¡Insensato! ¿quién prepara
para tu mesa el recental gracioso?
Antes pasto le da fácil y grato
y para él los collados reverdecen...
¿Será por tí que el ruiñeñor doliente

llena el bosque de trinos melodiosos?
 Nó. Es amor quien enciende sus pupilas,
 placer quien hace trémulas sus alas,
 él sus amores y placeres canta.
 El fogoso bridón que en pompa riges
 parte la gloria y el placer contigo,
 los pájaros del cielo las primicias
 recogen de los frutos que tú siembras;
 de las doradas mieses de tu campo
 cobra el buey su salario merecido;
 y aun el cerdo que ni ara ni obedece
 jamás tu voz, de tí servido vive,
 ¡de tí que rey te jactas de la tierra!...

Y este otro sobre las tiranías de la naturaleza:

¿Quién vió nunca
 el lobo perdonar a los corderos,
 movido de piedad por su inocencia?
 o el halcón que se lanza de las nubes
 perdonar la paloma por los bellos
 matices de su cuello, o el milano
 dejar en paz al ruiseñor que suele
 turbar con su querrela melodiosa
 por las noches el bosque silencioso?

Esto es poesía y gran poesía, muy más que la enderezada a la princesa de Borbón...

La crítica escrupulosa hallará en la traducción de Pope, del clásico Pope, el número y amplitud de la poesía española, que no se compadecen con la concisión férrea y el ritmo genial de la poesía inglesa. Olmedo se anticipó a justificarse, alegando la diversa índole del castellano y del inglés: circunstancia que más tarde debían probar literatos y traductores tan eminentes como Menéndez y Pelayo, M. A. Caro, Rafael Pombo...

Caro dice (*Ensayo métrico de una traducción de Byron. Repertorio colombiano*): "Se explican la discrepancia y aun antítesis que se observa en el espíritu de ambos pueblos (el inglés y el español), por la índole de ambas lenguas: la una monosilábica, concisa y ruda en la expresión y democrática en la adopción de vocas y giros; grave, numerosa, aristocrática la otra, hija de la latina, criada a sus pechos y entre las dos del mismo tronco, la más verdaderamente romana".

Cuando Olmedo recobra su libertad y se aparta de la rigidez del original, es cuando aparece en su genial esplendor. Sus más bellas frases de la traducción son precisamen-

te de sello y carácter español, idioma que no posee ciertamente la precisión métrica y el vigor filosófico del inglés, pero sí la exornación pintoresca y la abundancia elocuente, que eustasiaban al lector, envolviéndole en el fluido sutil de la inspiración.

OLMEDO PRIMER POETA AMERICANO

Lo es, en el concepto de nativo de América, que trató primeramente asuntos americanos, como los de las victorias finales de la emancipación de las colonias españolas del Mar del Sur...

No hemos de llamar americanos en el sentido nacionalista, a poetas incorporados, de obra y de palabra, a la metrópoli, aunque nacidos en Ultramar: el famoso dramaturgo Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Ventura de la Vega...

La estupenda campaña de la Independencia, que barrió con vientos de gloria los ámbitos de América, no tuvo otro poeta que la celebrase entonces dignamente, a no ser el nuestro del Guayas.

La nacionalidad en poesía y arte se determina, no precisamente por la procedencia de los autores, no siquiera por el idioma que sirve de instrumento a la obra; sino ante todo por el asunto, que, sentido y trasladado a la forma, resulta inconfundible, preciso y emocionante, por el color local y la sugestión patriótica.

Según este criterio, es evidente que los primeros literatos americanistas son los historiadores de Indias: Oviedo, Herrera, Cieza, y sobre todos ellos Garcilaso Inca, cuyos *Comentarios* significan el primer monumento de las letras americanas, en todo sentido, por proceder de un indígena de aquí, por el tema y por la ejecución.

Y el poeta americanista [prescindiendo de los secundarios como el autor de *El Arauco Domado* y de Castellanos, el de las *Elegías de los Varones de Indias*], es Ercilla, el de la *Araucana*, cantor de una raza de América, entonces y siempre la más guerrera y a la que puso, por el esplendor del heroísmo, por sobre el nombre español.

Nuestro Olmedo, no obstante haberse formado en la escuela sendoclásica española, al recibir las auras de libertad, tanto como Bello y después Heredia, sintió la impresión que brotaba de los grandes hechos del tiempo heroico, y pudo hacer poesía doméstica, para enzalzar al Libertador

y a sus capitanes, dentro de un lienzo magnífico, iluminado por el cielo tropical: en el fondo los Andes gigantescos y en primera línea el golfo, uno de los más bellos para-
jes de la tierra...

Y éste nuestro poeta, igualmente que Bello y Heredia, para acentuar los contornos de su personalidad, y sacudir el yugo de la tradición española, buscaron en viaje espiritual, otras tierras de arte, sobre todo la inglesa. Y allí modificaron su ingenio, dieron amplitud a su vuelo: uno de los primeros ejemplos de adaptación de las literaturas del Norte al tronco castellano: manera que perdura en la América española y que da a sus letras un matiz singular de trasplante artístico, "difícil sí, pero que a veces resulta espontáneo y acertado.

El americanismo poético y literario, iniciado tan valientemente por Olmedo, Bello y Heredia, ha tenido un curso lento en una larga ruta. Ahora mismo, la extranjería literaria, sobre todo la que de Francia llega, no permite el florecimiento del propio jardín, hoy cubierto de plantas exóticas, y de las nuestras, deformadas por ramas extrañas, ingeridas en aquéllas.

Posterior a los tres poetas primeros, en Colombia se trazó sí ancho sendero la poesía nacional: la de D. José E. Caro, valiente zapador que se adelantó abriendo la maleza de la rutina, en una como exploración de simpática y hermosa espontaneidad; J. J. Ortiz, el venerable cantor de *Los Colonos*; Gutiérrez González, el Virgilio dulcemente semi-bárbaro y el magnífico cantor de *Gonzalo de Oyón*... Muchos años de esterilidad pasaron, para que aparezcan otros poetas americanistas en Colombia mismo, la Argentina, el Ecuador, el Uruguay...

REMIGIO CRESPO TORAL.

